

bien los dientes, pues se gana unos colones más. Y de acá, hay modo de pasar bien con los unos, y algo bien con los otros, a manera como de puente de hama, que balanceándose se equilibra. Claro, no les niego que siempre que el contratista no sea el alma de un coyote, como había muchos, y no olvide que de hombre a hombre, como de árbol a árbol en la montaña, ha de haber sus buenos bejucos de amistad. Esto, segurítico, me lo quería hacer entender Pascuala Francis, que era negra así de lista, porque muy poco después comencé a notar sin mucho esfuerzo cómo se iban cambiando las personas de ellas a mí y de mí a ellas, y cómo los colores de las cosas iban pasando de blanco a gris y de amarillo a verde, sin que yo, lo juro por mis bigotes, hubiera deseado para mi modo de ver las cosas, ningún miraje nuevo, ni menos que me hubiera entrado en el ánimo mala intención con naide. Recuerdo una vez que se me quedó viendo Verónico Ramírez, un peón lo que se dice fino, que tan buen rendimiento me había dado en la cuadrilla que yo antes tenía contratada. Fué en el comisariato, él con unos tragos de más, y yo un tanto sobradillo de tragos:

—Oiga, don Mundo, como que se le han subido los humos a usted.

—¿Cuáles humos, muchacho?

—Mire ahí no más si no es, que usted ni se da cuenta.

Qué diablos me quería hacer entender Verónico Ramírez; qué humos ni qué estar yo trepado ya en grandezas. Asina intenté hacérselo saber, y que espiera que por andar yo ahora de segundo de míster Smith, no había dejado de llamarme como me llamaba, ni sostenerme en más pies que dos, como todo hombre, ni manejar otras manos que la pareja con que nace cualquier hijo de madre. Hm; pero qué extraño; Ramírez se quedó callado, mas me volvió a ver el revólver que entonces yo usaba. Se echó una risa y después dijo:

—Yo no sabía que se nace también con un revólver prendido a la cintura.

Y no me sentí cómodo. No me sentí cómodo porque noté cómo otros hombres, allí, que antes habían sido mis amigos, ahora me miraban con algo atravesado en la mirada. Yo tenía que responder algo:

—Verónico; vos sabés muy bien que no soy capaz de matar a naide.

—Usted no, don Mundo... Pero de la Frútera digo yo lo mismo. Y usted ahora es la Frútera

Digan que me picó una avispa y se me atontó la lengua. Me aparté del comisariato, y por Dios que aquellas frases me iban escociendo mucho. Estaba seguro de que el liniero no tenía razón. ¿Creen ustedes que es posible que naide dentro del pellejo en que yo andaba y siendo más dulce que amargo de ánimo, como yo soy, iba a poder pensar que Verónico Ramírez había dicho una verdad? Pues no lo había dicho, recalcaba yo, y principié a sentirme resentido con el hombrecito, al punto que con los días

me fué cayendo pesado y metiéndoseme en el sentimiento como punta de espina y de estorbo y de madería. Hombre, sí —y apréndanselo ustedes que están jóvenes para buen arriendo de sus vidas—, cuesta mucho ser siempre aseado y transparente con el prójimo. Uno es de carne flaca. Y lo malo es que uno tira a creerse tan limpio y sin manchones como el delantal de mi abuela. Porque lo cierto es que yo sentía entonces que Verónico me debía algo, y se lo seguí cobrando debajo de mi camisa y mi sombrero hasta algún tiempo después.

La verdad, sin embargo, era muy otra. Como ahora de veras yo sí que mandaba banano, a mí se me había metido en la torre de la cabeza una nidada de lechuzas, y sin que me percatara estaba hecho un verdadero mandamás, tan mandamás verdadero que hasta buena fama me andaba ya enalteciendo. Fama de no ser muy grosero, de trabajar a mi manera, sin mucho machucar a los linieros mas sin ceder lo negro de una uña en lo que fuera defenderle los reales y el tocino a mi respetable patrona, la Frútera. No; si había veinte mil y una razones para andar yo como andaba, a partir un confite con ella. Había que espiar lo bueno que se portaba conmigo míster Smith, los jaiboles tan sabrosos que entre él, otros empleados altos y este concho de mí, nos tomábamos un sábado sí y el que viene también, y todo a cuenta del míster. Y usted baraja su buen naipe de billetes, y usted anda de botas altas, y usted puede sacar en el comisariato cuanta lata y cuanto gusto se le antoje, a precio de privilegio. Y por allí, con posición tan cómoda, canas más o canas menos, ver cómo las mujeres y las ocasiones se le ponen tan blandas, y entra la suerte en casa, muy oronda, por la pura mitad del zaguán. Con lo que se van olvidando penas, y sudores, y todo se mira dulcítico y lisonjero. Y en ese caso habría que ser, o muy tonto, o demasiado bueno, para no ahuecar la mano y aprovecharse. ¿Iba yo, que no soy ni lo uno ni lo otro, a ponerme de San Francisco y negarle a mi cuerpo todos aquellos buenos sabores a cuenta de que un tal Veróniquillo Ramírez se había vuelto ocuente y se había puesto a jetear algunas tonterías en el comisariato? No señor, allá otros que se penitenciaran con ideas y humanitarismos, y todíticos somos hermanos, y dame vos de lo tuyo y yo te doy de lo mío, con toda aquella mar de novedades que a poco se soltó a rodar por entre los trabajaderos de la compañía y fué prendiendo como churrístate en hombres y mujeres.

—Ha visto usted qué cosas— gruñía la negra Francis— las que andan diciendo éstos. Con esos pensamientos va a resultar mi fonda cualquier día un comedero público, y yo no voy a poder ni lavar la ropa tranquila.

—No, qué va, —decía ya—, no es para tanto. Los linieros se han encandilado un poco últimamente porque ese tal Ramírez los ha estado trepando a la luna de los sueños. Pero de ahí no pasan.

—Pues yo los oí hablar de que preparaban huel-